

Ficha 1.1.

QUERIDO AMIGO QUE CONOZCO Y NO CONOZCO

Cuando el profesor lo propuso en la clase, me pareció una “chorrada”. Pensé que ya estaba como siempre con una de sus “ideas de bombero”. Sólo a él se le ocurre pedirnos en clase que escribiésemos una carta a otro niño que vive en un país en guerra.

La verdad es que este profe no es igual a los demás. Sus ideas de bombero suelen funcionar. Él nunca te echa de clase aunque hayas hecho algo que no debías. Tampoco te llama la atención gritándote de todo delante de los compañeros, ya sabes, eso que te deja tan cortado. Se limita a decirnos que nuestro comportamiento no ha sido correcto. Sin embargo, cuando hacemos algo bien, siempre nos lo dice. Pero siempre, y a cada uno de la clase que lo haya hecho bien. Me imagino que ya sabes cuánto anima esto.

Nos propone siempre unos trabajos un poco extraños, bueno, no sé si extraños, pero sí diferentes. Lo que pasa es que, después, cuando por nosotros mismos nos convencemos de que no está nada mal hacerlos, aprendemos una cantidad de cosas nuevas que no veas...

Un día, cuando iba a llegar la primavera, nos pidió que buscásemos todos los síntomas de la primavera pero no sólo en el campo, en las flores y en todo ese rollo, que es lo que pensábamos hacer todos, sino también en las personas, en nuestro cuerpo, en las casas, en la escuela, en la literatura, en el arte, en la música. Otro día nos llevó de excursión a un río y nos pidió que anotásemos las sensaciones sensoriales que percibíamos, ya sabes, a través del tacto, el oído, etc. No veas las cosas que aprendimos a reconocer de las que nunca nos habíamos dado cuenta. Además nos ayuda a hacerlo y colabora con nosotros en lugar de exigir y corregir. Se pasa el día diciendo que sólo se aprende lo que se hace.

Pues como te iba diciendo (es que yo, de vez en cuando, me enrolló más que un caracol reumático),

volvía yo del colegio pensando en lo de la “chorrada” de la carta cuando, sin darme cuenta, así, sin querer, le di una patada a un bote de Coca-Cola que había en el suelo. El “clic” que sonó hizo saltar una chispa dentro de mí. Oye, de repente vi tu cara, me encontré contigo. Otra vez el profe lo ha conseguido, pensé. Te había visto en la televisión hacia unos días. Lo que pasa es que nos ponen tantas películas de guerra que, cuando vemos las imágenes de verdad, pasamos de ellas.

Caminabas. ¿Hacia dónde? Ni tú mismo ni ese hermano que llevabas sobre tus hombros me imagino que lo sabrías. Yo todo lo que llevaba sobre mis hombros era mi mochila llena de libros de la que, cantidad de veces, echo pestes. Pesa. Pero aquel “clic” hizo que dejara de pesar. ¿Qué derecho tenía yo a quejarme? En algún lugar he leído que los que pisan una mina recuerdan para siempre el sonido y los dos segundos antes de ser pisada.

Te había encontrado. Había decidido meterme en tu piel para entenderte, comprender cómo eres capaz de vivir y vives.

Supe de tu soledad. ¿Viven tus padres? Quiero pensar que sí, pero te imagino volviendo a casa todos los días, después del colegio, sin saber qué te vas a encontrar o qué no te vas a encontrar. Eso, si tienes la suerte de poder asistir a una escuela y que se respete esa escuela durante los bombardeos. ¿Y tu casa? ¿Existe tu casa?

Sentí tu incomunicación a pesar de ver en la televisión gentes de un lado a otro. Pero, ¿por qué a pesar de ver varias personas juntas siento vuestro aislamiento? ¿Para qué comunicar vuestro dolor si todos tenéis el mismo?

Y, ¿el miedo? Entonces algo me recorrió el espinazo y el corazón se me puso en la garganta dando tumbos. Era terror. Tú vives todos los días con ese terror y vives. Eres capaz de esperar una nueva mañana a pesar de tu miedo.

¿El hambre, la sed, el frío, los muertos, las armas, el sonido de las bombas, las moscas, la suciedad, las enfermedades, el olor? ¿Y eso que se llama enemigo?

Leí una vez un libro que contaba la historia de un niño que se llamaba Boris que junto con una amiga que se llamaba Nadia, como tenían hambre, cruzaron las líneas del enemigo. Allí les dieron comida. ¿Por qué somos tan complicados? Eso pasaba en una guerra que se llamaba Segunda Guerra Mundial. Te diré que en clase de historia nos pasamos el día estudiando guerras. Siempre todos estamos enfadados con todos por cualquier motivo. No entiendo cómo todavía no hemos aprendido a no hacer guerras. ¿Todavía no se han dado cuenta de que nada se consigue?

Eso sí, les encanta hablar de paz. Hay miles de tratados de paz, pero no los deben de sentir muy dentro cuando los rompen. Hay muchos símbolos de paz, que si la paloma, que si la pipa de la paz de los indios, que si el darse la mano. También hay canciones, himnos, monumentos, grandes concentraciones que promueven asociaciones pacifistas, etc., pero a mí me parece que nos pasa como cuando nos dice mi madre: “¡Hijo, me oyes como quien oye llover!”, porque de poco sirve que yo dibuje una paloma y todo eso si no buscamos un “esto hay que solucionarlo así y ahora”.

Y total por “ten dinero tuyo o ajeno” (esta frasecita la dice mucho un amigo mío que se explica muy bien), quiero decir que, a la hora de la verdad, se enfadan siempre por el mismo tema: “es que eso era mío”. Yo puedo más que tú. “Eso que tú tienes me gusta para mí”. Y todos empiezan a pensar en tener cosas, en cómo hacer para conseguirlas y se olvidan de las personas. Mi padre siempre dice que dos no pelean si uno no quiere y que para que no haya problemas entre hermanos debe de haber una gran dosis de generosidad y desprendimiento.

Cuando iba por la calle y me pasó eso de la Coca-Cola que te cuento, pensé que te iba a escribir dándote el rollo de las cosas que pasaban aquí para

distraerte un poco. Ahora veo que no he sido capaz. No sé qué es lo que me ha llevado a hablar de lo que me parece que tú sientes porque tú ya lo sabes muy bien. Creo que es para que te sientas acompañado. Mi amigo, el de la frasecita del dinero, cuando me siento mal por cualquier “chorrada” (porque lo mío sí que son “chorradas”), le gusta acompañarme y decirme que sabe cómo me siento, entonces mis “chorradas” empiezan a dejar de serlo tanto. El amigo acompaña siempre en el camino y a mí me gustaría acompañarte en el tuyo aunque por ahora todo lo que puedo ofrecer es un poco de charla.

También me parecía que era una “chorrada” escribirte porque tú no podrías leer mi carta. Tenemos idiomas diferentes. Después me acordé de la cantidad de personas que comparten su vida con personas de países en guerra para ayudar a pasar un poco mejor los horrores que estáis viviendo. Entre todas esas personas hay muchas de mi país que te la pueden traducir.

Aquí, en el colegio, nos dicen muchas veces que los jóvenes somos la esperanza del futuro. La esperanza es la que nos lleva por la vida, si no ¿cómo ibais a ser capaces de vivir vosotros? Espero (que también viene de esperanza) que nosotros nunca lo olvidemos y que aprendamos a buscar soluciones verdaderas para nuestro mundo, porque este mundo, aunque muchos no quieren darse cuenta, es de todas las personas.

¿Sabes que la “idea de bombero” de mi profe ha resultado bastante guay?

Es que hay “ideas de bombero” e “ideas de bombero guay”. Guay para nosotros quiere decir muy bueno. Te lo digo porque no tiene traducción. Son de esas palabras que aparecen y desaparecen como por arte de magia. ¡Ojalá que muchas cosas desaparecieran así! ¡O aparecieran! ¡Sería guay!

Hasta pronto amigo. Tal vez, algún día tengo la suerte de abrazarte.

Para dialogar en grupo

1. ¿Qué os ha parecido la lectura?
2. ¿Qué habéis sentido mientras leíais la carta?
3. ¿Cuántos países se encuentran actualmente viviendo en guerra?
Imaginad cómo sería vuestra vida si vivierais en un país en conflicto.
4. ¿Cómo entendéis la paz?
5. ¿Qué valores se asocian a esta palabra?
6. ¿Qué le dirías tú a una persona que vive en un país en guerra? ¿Cómo hablarías con ella? Escribid una carta a esa persona.